

El Turismo en tierras de Gerona

La Costa Brava vista por un americano

Nuestra provincia ocupa en la actualidad un lugar destacadísimo desde el punto de vista turístico, no solamente como lugar natural de acceso a España a través de sus tres puestos fronterizos, sino también por sus condiciones intrínsecas, entre las que destacan la belleza de sus costas y los atractivos de la alta montaña. Por ambas razones, la provincia de Gerona se ha colocado en cabeza de las restantes provincias turísticas de España, primacia que hay que cuidar.

Tres son los factores esenciales que intervienen en el bienestar y la comodidad del turista; alojamiento, comunicaciones y diversiones, ya que lo demás nos lo da pródigamente nuestra provincia.

En cuanto a alojamiento, el esfuerzo que aquí se ha hecho ha sido enorme; basta señalar que en el espacio de cuatro años, la capacidad hotelera se ha duplicado; pasan ya de 500 las industrias de hospedaje y se promete la inauguración de varios hoteles en fecha próxima. El Ministerio de Información y Turismo ha colaborado al progreso de esta industria a través del llamado Crédito Hotelero, habiendo invertido en esta provincia más de 150 millones de pesetas.

Desgraciadamente, las carreteras de la provincia no están aún a la altura de las necesidades actuales. Y la construcción de un campo de aviación que permita a los grandes aviones comerciales trasladar rápidamente a la Costa Brava el importantísimo contingente de turistas que en la actualidad aterrizan en Perpignan y han de desplazarse por tren o por carretera hasta la costa, es otra de las necesidades apremiantes.

En cuanto a las diversiones o lugares de esparcimiento, si bien en algunos pueblos de la Costa Brava existen en profusión, en la mayoría de ellos escasean, aún teniendo en cuenta el tanto por ciento del turismo que viene a descansar y no a divertirse. Lo más urgente, en este aspecto, es la construcción de campos de golf y aumentar las pistas de tenis.

Todas esas deficiencias son conocidas ya por el Ministerio, y serán subsanadas en lo posible, pero muchas de ellas corresponden a la iniciativa privada, que no debería regatear su cooperación.

Los proyectos de más importancia son, entre otros, el de la construcción, en el complejo turístico de La Molina de un Gran Estadio de Nieve con capacidad para cuatro mil personas, que contará entre sus instalaciones con un trampolín olímpico, lo que permitirá la celebración en España de toda clase de campeonatos de Salto y Esquí, y la construcción de un gran lago frente al Santuario de la Virgen de Nuria, que cambiará por completo la fisonomía de aquel Valle.

Según datos facilitados por la Delegación Provincial, recorren nuestra provincia al cabo del año unos 800.000 turistas, de los cuales 200.000 pasan aquí temporada.

La afluencia turística aumenta constantemente de año en año; así tenemos que por los tres pasos fronterizos de esta provincia, en el año 1954 entraron 360.000 turistas; en 1955 fueron 500.000 y en el pasado de 1.956, sumaron la cantidad de 560.000 cuya cifra será superada con toda seguridad, en el presente año.

76.000 vehículos entraron por las fronteras en 1955 y 125.000 en el siguiente. Cantidad que a juzgar por los datos relativos al primer semestre del año actual, se verá también notablemente incrementada.

Gerona capital empieza asimismo a ser conocida por el turismo internacional, como ciudad histórica y arqueológica; son muchos los turistas que le dedican especial visita, durante los días de su estancia en España.

Fidemar

Bajo el título de «La Costa Brava no es ya un rincón ignorado», el escritor Robert Ruark resume en un artículo, fechado en Palamós y publicado en el «New York World Telegram», durante el pasado mes de agosto, sus impresiones de nuestra villa vecina y de nuestra costa. En un corto preámbulo, da cuenta también de su primera visita en 1953.

Por lo visto, en estas fechas, su automóvil era el único coche de matrícula americana que había en Palamós. Y ante tal rareza, su paso por las calles era jaleado con «olés» y toda suerte de verónicas y molinetes.

Desde luego, no queremos dudar de tal afirmación, pero algo exagerado nos parece este asombro elemental y selvático ante un pequeño coche pintado de azul y con matrícula yanqui. También es algo raro que nuestros vecinos confundiesen un coche con un astado, y precisamente por aquel entonces, fecha en la que aún la manía taurina no se había introducido en la Costa Brava.

Pero, en fin, vamos a suponer que Mister R. R. lo viese así, y que en realidad así sucediera. En tal caso, el hecho no puede ser más que un simple juego, broma o burla al estilo ampurdanés. Me apostaría cualquier cosa a que el tal señor iba vestido con camisas Truman del último grito, — grito que ahora ya es bostezo —, y que esta indumentaria provocó al magnífico «seny català», motivando la reacción.

Afortunadamente, — y siempre en la opinión de Ruark —, la Costa Brava se ha civilizado muy rápidamente en el espacio de los últimos cuatro años. Concepto de civilización que se basa en las estadísticas de hoteles y en las del tránsito rodado, y en el hecho de que los jóvenes sepan ya bailar el rock-and-roll y bien o mal, pronuncien el nombre de Rock Hudson.

En el artículo no faltan los elogios a las bellezas de la costa y a la singularidad de nuestro paisaje, ora montañoso ora llano. Tampoco falta el consabido y justo reproche al mal estado de las carreteras, y a la mala costumbre, especialmente en la Playa de Aro, de pasear y celebrar tertulias sobre el asfalto.

No; el artículo no lleva ningún ánimo de ofender; antes al contrario, está escrito con una amable efectuosidad, con paternal condescendencia para los defectillos de estos pequeños pueblos costeros que vivían oscuros y olvidados, encerrados en su propia vida, como los chinos detrás de sus murallas, hasta que el turismo decidió por desvelarlos. Y, por lo visto, sólo nos han desvelado a medias, porque R. R. afirma que, pese a los múltiples rótulos escritos en idioma extranjero, que «adornan» nuestra costa de erudición, un costabraveño es incapaz de reconocer la nacionalidad de sus visitantes, puesto que para él «todos los turistas son ingleses».

¡Delicioso candor! No, el nuestro; sino el de este buen periodista americano que en dos visitas a nuestra tierra no se ha dado cuenta que un buen ampurdanés, y en muchos aspectos, es capaz de ganarles la partida a diez «ingleses» juntos.

Leído este artículo, uno comprende la razón de que ciertos visitantes acudan aquí con indumentarias más propias de un «safari» que de circular por las calles y plazas de una ciudad milenaria. Es una pena que esto suceda, pero no una sorpresa, porque pocos han intentado darles otro concepto de nosotros mismos que el ofrecido por el burdo tinglado de unas apariencias.

L. d'Andraitx